



Edificio Bankinter, de Moneo y Bescós

Por un antípoda camino al de la reflexión acerca de la ciudad en que se asientan, transcurrieron otras muchas realizaciones de aquellos tiempos; destaquemos dos: la «pirámide» de Lamela y esa otra suerte de *pirámide* invertida de La Caixa; la línea de alarde tecnológico que iniciaron tendría por merecido colofón, ya en nuestros días, el más difícil todavía de las torres KIO.

Gustos y disgustos de nuestros días

¿El momento presente de la Castellana? Quizá la brevedad de la perspectiva distorsione la imagen que percibimos y nos dibuje puntos borrosos que, en realidad, no lo sean tanto. Como quiera que fuere, frente a las últimas actuaciones recuperadoras de valores arquitectónicos y urbanos, no nos parecen pocas las intervenciones banalizantes y disgregadoras, que optan más por los vicios implícitos en la historia de la Castellana que por sus pasadas virtudes.

Por ponernos en los *extremos*: en los últimos años se han llevado a cabo dos importantísimas actuaciones en los polos de la plaza de Castilla y Atocha (ambos casos se han querido ver como *puertas* del eje, entradas simbólicas de la ciudad); ¿qué relación guardan entre sí?

El proyecto de Rafael Moneo para la reordenación de la estación de Atocha, amén de solucionar eficazmente un complejo programa de intercambio de transportes y de preservar el edificio existente, es muestra elocuente de cómo desde el sabio uso de la arquitectura se construye ciudad; no hay que insistir en la afortunada regeneración de tan privilegiada zona, eliminando el disparatado *scalextric* y poniendo en valor el espacio urbano circunstante.

Sin embargo, en la plaza de Castilla, la construcción de las torres inclinadas de la compañía kuwaití KIO –«Puerta de Europa», se ha dado en llamarlas– ha sido, sin entrar en otros aspectos, una oportunidad perdida para la ciudad: a nadie se le escapa que el valor ordenador de tan *esforzadas* construcciones brilla por su ausencia. La de siempre destartalada plaza de Castilla, coronilla de la Castellana, aconsejaba un plan más que una ocurrencia. El estudio de arquitectura de Phillip Johnson ha clavado este mal par de banderillas a Madrid.

En 1985 el nuevo Plan General de Madrid establecía una razonable salvaguardia del patrimonio edificado y ponía coto a los desmanes urbanísticos de décadas anteriores; no parece probable que puedan ya derribarse más palacios para construir nuevas torres: ¿está, entonces, terminada por fin la Castellana?

En los escasos solares disponibles han surgido a partir del 85, ajustándose a la letra del Plan General y en el influjo de la arquitectura post-

moderna, construcciones pretendidamente integradas en la forma urbana; pero, no tomando por ejemplo la lección magistral del Bankinter, han caído en un general encogimiento. En el edificio del estudio de Andrada Pfeiffer, en Recoletos, el buen hacer de los arquitectos soluciona eficazmente la esquina con la calle de Salustiano Olózaga, mediante referencias directas a los edificios de su manzana; no tan bien parados quedan los tres edificios que últimamente se han levantado en la plaza de Emilio Castelar. Ésta se ha visto recientemente transformada por completo: tras la irrupción de la embajada de los EEUU, la aparición prudente del edificio de Carvajal y enseguida, la exhibición desmedida de la *arquitectura de cristal* de una torre de oficinas de La Hoz, contaba aún –entrados los ochenta– con tres soberbios solares; éstos reclamaban un justo valor urbano: no ha dejado de ser decepcionante la –cuando menos– timorata conjunción de actuales modos constructivos con formas malamente prendidas del pasado que los tres, escrupulosamente, han seguido: por contra a la inmediata lección de Carvajal, otra oportunidad perdida. No todo es así; por citar una de las mejores y más recientes construcciones de la Castellana, el edificio Aresbank, de Gabriel Allende, se libra ya, situado más allá de la plaza de Castilla, de esas tensiones que parecen provocarse en nuestros días a la hora de intervenir en el tejido histórico.

Aparte de las construcciones de nueva planta hay un aspecto que no debiéramos dejar de apuntar. Frente a las recientes y concienzudas intervenciones de conservación y rehabilitación del patrimonio (la de Fernández Alba en el Jardín Botánico, la de Moneo en el palacio de Villahermosa para la instalación del Museo Thyssen, la de Carlos Puente en el palacio de Linares, etc.), en la Castellana –acaso por ser un escaparate– se vienen dando con frecuencia intervenciones de *travestismo*: ¿cómo, si no, calificar la *actualización* de fachadas?; ésta pone en peligro un patrimonio tan poco protegido como es el de la arquitectura contemporánea. Enfrente de los Nuevos Ministerios varias fachadas muy representativas de la arquitectura de los 60 han visto, de la noche a la mañana, cambiar su piel; en otros casos, aun es el propio arquitecto el que años más tarde corrige su obra: Lamela ha diseñado ahora una nueva fachada para sus torres de Colón, con el añadido de un pináculo *electrocutante* (quien lo vea sabrá por qué); también el estadio Bernabéu, construido en los años cuarenta por Muñoz Monasterio, vio ocultar indignamente su estructura vista con elementos *embellecedores*, para un mundial de fútbol (luego, a su vez, transformado por una ampliación). Mientras a la arquitectura vetusta de las precitadas casas en la esquina de Ortega y Gasset –hoy adquiridas por el Banco de Santander– se le vacía su interior y el arquitecto austríaco Hans Hollein lo colma de actualidad, las archi-

tecturas contemporáneas –más funcionales por dentro– se destruyen por fuera.



A lo largo de los ocho kilómetros del eje de la Castellana muy diferentes arquitecturas coexisten entre sí, y unas sustituyen, con mayor o menor fortuna, a otras. El eminente carácter residencial que lo caracterizó se ha ido trocando en mercantil y su famoso paseo se ha desvirtuado por la «innoble prisa»; mejor que volver la cabeza atrás –aun sin perder la memoria– es mirar hacia delante: nos encontramos todavía ante un espacio urbano de primera magnitud, y sería deseable pararnos a ver cómo, por encima de las miopes miras, lo vamos a entregar a las generaciones venideras. Ahora mismo se está planteando, ni más ni menos, qué se va a hacer con el Museo del Prado.

Con sus distintos tramos ya consolidados arquitectónicamente, quizá sea en la calidad del espacio urbano donde debemos ahora concentrar nuestros esfuerzos (decimos esto con precaución: entiéndase que pedimos prioritariamente conservación –ya sabemos en qué consisten tantas obras de *mejoramiento* de plazas y jardines–). A pesar de los pesares, el espacio urbano del eje de la Castellana sigue siéndonos grato y, en determinados momentos, admirable; pero la continua erosión que produce el automóvil puede dar al traste con todo. Es necesario recuperar el Paseo para el viandante, devolver a éste la dignidad que pierde cada vez que obligatoriamente ha de bajar a un paso subterráneo, si quiere cruzar Cibeles o Colón (¿es oportuno aclarar que la solución no está en hacer un subterráneo para los coches?: mucho tememos algunos rumores sobre túneles y *pasarelas* en el Paseo del Prado); lo que hay que hacer es *templar* el tráfico, recuperar la cívica coexistencia entre el hombre y el automóvil: Madrid ya tiene bastantes vías de circunvalación como para tener que atravesarlo por este histórico, tan hermoso y ya bastante maltratado espacio urbano.

Lejos de intereses mezquinos y expectativas de *rentabilidad* cobrable a corto plazo, no estaría de más que recordáramos que su idea de partida, en tiempos de un monarca ilustrado, obedeció a una –difícilmente concebible en nuestros días– generosa intención.

Javier García-G. Mosteiro